

obsq.
PARTIDO RADICAL

Am. H. E.

MANIFIESTO

RADICAL

del Presidente del Partido

Don FRANZ TAMAYO

Para los Radicales

To think is to act.

EMERSON.



LA PAZ - Bolivia

IMP. VELARDE.—YANACOAHA, 115, 117 y 119.

MCMXIX

01309

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

FB
350.0035
P 273m

0 0389

MANIFIESTO RADICAL

Inventario No. 000425

To think is to act.

EMERSON.

Stencil No. 2-X-84

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
LA PAZ - BOLIVIA



MANIFIESTO RADICAL

Para los Radicales

La información solicitada por los señores radicales que han suscrito, tiene para el partido toda la importancia institucional que comporta y la trascendencia práctica que arrastra. Me presto a ella, señores, con el mayor placer, aunque debo decir que esperaba que los señores signatarios de la petición estaban perfectamente capacitados para no necesitar la noticia pedida. Si no es así, este discurso que es un manifiesto del jefe del partido para el partido, llenará el vacío. Además, la licitud y justificación de estas actuaciones es indiscutible, por mucho que los demás partidos del país no hayan jamás dado un ejemplo de ello, obedeciendo probablemente a la vieja política boliviana de las consignas, unas más infames que otras, pero todas abominables, y que hacen u obligan a los partidos y a los partidarios a someterse vergoñosamente a las decisiones de sus jefes, que para el caso se convierten en simples caudillos facciosos y dejan de ser los conductores de almas libres que debieran conservarse.

Con todo, a título de sinceridad que jamás he dejado de emplear respecto de vosotros, debo decir que ha llegado hasta mí un rumor irresponsable de suyo por el cual la presente actuación radical habría sido sugerida o promovida secretamente por móviles y

por políticos del todo ajenos al partido, pero sí interesados en suscitar crisis y evoluciones dentro del radicalismo de las que hubiesen de aprovecharse ellos. Este rumor que puede ser una simple suspicacia, espera del porvenir sus confirmatoria o no.

Y con estos antecedentes me permito entrar en materia.

La petición de informe que tiene todos los caracteres de una interpelación a la manera parlamentaria, aunque contiene seis puntos, puede decirse que es reductible a uno solo fundamental, y que se refiere a la aparente inactividad del partido radical, tanto en lo que toca el debate de los negocios públicos, cuanto en lo que atañe a su propio crecimiento y desarrollo. Descartando el orden numérico de la petición de informe, he de pues tratar ese tópico de fondo y al hacerlo espero que satisfaré a los señores peticionarios.

El cargo que desde "hace un año se ha adoptado de parte del jefe del partido una política abstencionista y pasiva" es injusto y es inexacto. En primer término debo decir que la adopción de una actitud cualquiera, para el partido, jamás ha dependido de mi sola voluntad, hoy ni ayer. Batallas electorales, alianzas electorales, abstenciones electorales, formación de candidaturas, y en principio, la oposición constante al régimen de injusticias que combatimos desde años, todo ha sido siempre sometido a la voluntad y decisión del directorio radical. Nunca esas actuaciones dependieron de mi sola voluntad. Entonces, si jamás ha llegado a decretarse la pasividad y la inacción, tampoco ha podido ser por acción mía, salvo que quiera aceptarse un concepto absurdo al solo enunciarse, y es que toda la

trascendencia y significado radicales residen en mis manos y no en las del partido mismo, libre y autónomo como es y como lo hemos edificado, e incapaz por consiguiente de dejarse imponer una conducta de servidumbre y sumisión. Si el partido radical está en la situación en que está (y yo diré pronto cual es esa situación) será pues porque el partido mismo creyó deber ocuparla, de conformidad con las necesidades externas que rigen la evolución y vida de los partidos. Esto en cuanto a la consideración de los móviles de los hechos. Pero en segundo término, en lo que toca la consideración de los hechos mismos, el cargo que se me hace de inactividad y pasividad, durante el último año, es igualmente inexacto e injusto. Está en la conciencia de todos los radicales presentes que no hace cuatro meses todavía, el partido radical, lejos de estar en la inacción, había echado sobre sus espaldas la más grave forma de la responsabilidad y de la acción políticas que puede darse, cual es la del gobierno mismo de la nación, en la cuota parte que los acontecimientos le habían adjudicado. El partido radical desde fines del año anterior, estaba en el gobierno con un representante suyo que no fué al gabinete a otro título que el de traducir en momento solemne de la vida exterior del país, las aspiraciones del considerable aunque joven partido radical boliviano. Así lo declararon enfáticamente desde el presidente de la República, hasta los jefes de la oposición republicana. Y entonces, ¿puede honradamente hacérseme el cargo de haber yo arrojado al partido en la inacción y pasividad políticas durante el último año? Ese cargo aunque aparente siempre como diré después, sólo podría referirse a los últimos meses corridos del presente año.

Pero señores radicales, yo no debo contentarme con probar que el partido no ha caído en inacción y pasividad, y mucho menos aún por culpa mía. Es mi deber de conductor del partido y de sincero y honrado radical, entrar más a fondo al estudio de una situación que ha llevado a políticos propios y extraños equivocarse tan fundamentalmente sobre la verdadera situación actual del partido radical, y deducir de ella las más extrañas y gratujas consecuencias. Porque debo decir con una franqueza necesaria hoy día, que la actual situación del partido que presido, ha suscitado en toda suerte de políticos y de grupos, según sus temperamentos, y mejor aún, según sus pasiones, mil donosas apreciaciones y juicios, a cual más depresivo de nuestro decoro. Porque el partido radical en los últimos cuatro meses ha dejado de ser el homérico luchador a cuyo lado la acción republicana ha aparecido siempre pálida y enteca, políticos liberales como republicanos parece que tácitamente se hubiesen dado la mano para decretar nuestra muerte política y la eliminación de la bandera radical del campo de las grandes competiciones históricas. Y es así cómo el que habla, yendo de grupo en grupo o de político en político, ha recogido las amenas frases sobre la decadencia del partido radical, sobre la disolución del partido joven, sobre su completa insignificancia actual, sobre la nulidad de su acción, y por ende sobre su pasividad e inacción, a que se refiere el pliego que contesto; y todo ello señores, salpimentado con sonrisas hipócritamente conmiserasivas, de un lado, y de otro, con la más franca alegría que puede sentir el adversario que sueña con victorias finales y fatales. Y el jefe que habla, conociendo la verdadera fuerza del partido que

gerenta, y más que todo conociendo la verdadera capacidad política de los políticos ajenos que tan donosamente nos juzgan, había sonreído siempre en silencio, descontando de antemano el porvenir radical, habituado como está a ver a su partido marchar por un camino matemáticamente trazado y con una firmeza y seguridad que solo dan la experiencia política y una superior conciencia moral.

Pero las cosas no se han detenido allí. Hacía tiempo que notaba yo el trabajo de zapa y de sonsaca que políticos ajenos hacían sobre los más renombrados de nuestros conmlitones. Sea dicho de paso, el partido radical jamás ha intentado trabajos inverecundos para sonsacar adherentes ajenos en pró de la causa propia. De mí sé decir que jamás he buscado a ningún republicano ni liberal con el propósito de inducirle a traicionar su bandera y transfugar a las filas radicales, procedimiento bajo e indigno siempre. Imitando el ejemplo de Buddha o de Jesús, dos grandes conductores de muchedumbres, jamás, para aumentar las filas radicales, jamás he usado de otra arma que la pública exposición de la doctrina garantizada por la pública conducta radical. Nunca he ido a mendigar adherentes ni a seducir conciencias vacilantes. He pensado siempre que un partido formado por elementos tales, estaba podrido *ab initio*. Me ha tocado el destino de edificar un partido político en condiciones tan duras y excepcionales, que puedo decir que no encuentran paralelo en Bolivia. La historia del partido radical en los últimos siete años, lapso de tiempo en que hemos vivido verdaderamente autónomos y libres de toda tutela, puede decirse que es la historia de todas las pruebas y de todas las amarguras, digo más,

es la historia de todas las traiciones y los transfugios. 1913: transfugio radical hacia el montismo; 1914: transfugio radical hacia el salamanquismo; 1917: traición y transfugio radical hacia el gutierrismo. Y cada una de estas crisis ha puesto al pobre y naciente partido en situación de perecer irremisiblemente. Tengo la gloria de decir que de cada una de esas crisis ha salido el partido cada vez más heroico, más fuerte y más grande. Desearía yo saber si los otros partidos que jamás han tenido la sólida constitución doctrinal e ideal del nuestro, puestos en iguales condiciones que nosotros, hubiesen podido resistir con tal vigor las duras pruebas a que nos ha sometido el destino. Porque es hora, señores, de decirlo y saberlo, cuáles son las condiciones en que se desenvuelven los partidos contendientes en Bolivia, y lo diré con la brevedad posible. El partido liberal, huérfano ya de todo verdadero prestigio, tiene sin embargo el presupuesto y las bayonetas en las manos, armas poderosas y eficaces en países pobres y despoblados como Bolivia. Entiendo que no discutireis su eficacia. Al frente, el partido republicano tiene todo el favor popular. No creo que exagero si digo que la inmensa mayoría de la nación le acompaña, y ello significa para él la abundancia de medios de todo orden, si se exceptúa el del poder militar. Y nosotros ¿qué tenemos en medio de ambos colosos? Nada más que nuestra bandera de pureza concienical y de luz espiritual. Nosotros no tenemos bayonetas como el liberal, dineros ilícitos como el liberal, pandillas de bandidos como el liberal, intereses encadenados como el liberal, procedimientos secretos y subterráneos como el liberal; nosotros no tenemos muchedumbres populares y inardecidas como el republicano; no tenemos

adherentes acaudalados como el republicano; nosotros no tenemos muchedumbres amorfas y poderosas como el republicano, muchedumbres que se mueven fácil y legítimamente con el solo odio a la tiranía; nosotros no queremos el poder, como el republicano, gran cebo para atraer adherentes; nosotros no aceptamos como el republicano el antiguo método de formar partidos renunciando a doctrinas concretas y netas y tomando por bandera y programa vagos postulados de mejoramiento colectivo que no establecen caracteres diferenciales con nadie. La prueba de estas afirmaciones es que nuestro programa radical, aún nuestro programa mínimo, siempre ha sido francamente combatido por el liberal, y silenciosamente rechazado por el republicano. Están en su derecho y debemos respetarlo.

Al frente de este balance alarmante, se preguntará con razón: ¿con qué elementos, con qué propósitos, con qué fuerzas viene pues entonces el pobre y naciente partido radical a medir sus fuerzas con los colosos conviventes? ¿Qué esperanza puede animarle si no tiene los medios materiales para competir con rivales tan poderosos y severos?

Señores radicales: ¿nuestra respuesta?—Hace siete años que la estamos dando a la nación, con actos y palabras y dentro de una lógica de acero, respuesta ridícula para los más, sublime para los pocos. Esa respuesta ha consistido siempre en el sacrificio incondicional sin esperanza de logro material; en la dación de obras e ideas, todas heroicas, quijotescas y soberbias. Hemos ayudado al pueblo, lo hemos defendido en la prensa, en los comicios, en el parlamento; hemos defendido sus dineros, sus libertades y su misma vida contra el bandalaje liberal; y en el momento del sufra-

gio electoral, ese mismo pueblo a quien hemos servido tanto nos ha abandonado para llevar sus sufragios al liberal y al republicano: estaba en su derecho! Hemos ayudado a la oposición republicana con nuestra prensa, con nuestros diputados defensores de los desterrados de 1914, con nuestros periodistas y con nuestras falanges juveniles; y esa oposición republicana, en momento de connivencia política, cuando quisimos llevar en calidad de alianza, un diputado entre setenta, nos lo rehusó. Después de siete años de sacrificios sin nombre y de servicios sin cuento en favor de la causa popular y de la oposición, los republicanos creyeron que los radicales no teníamos todavía el derecho de llevar un solo diputado a la Cámara. Es en esta situación que nos coje mayo de 1918, momento desde el que parecen los peticionarios encontrar que el partido radical cae en apatía e inacción.

Pero antes de continuar, deseo responder a la pregunta: con qué fuerzas y esperanzas venimos a la lucha y permanecemos en ella. Venimos a servir al pueblo incondicionalmente, por mucho que este nos olvide. Venimos con el propósito de hacer el deber cívico sin esperanza de remuneración de ninguna especie. Que con qué medios contamos para la lucha? Que somos pobres? Que es un partido casi infantil y poco menos que indigente? Que no tenemos fuerzas ni protectores, y que en veces tenemos que estrellarnos contra el mismo opositor republicano que preferirá dar la mano al concutor liberal, y socarlo y absolverlo y prevaricar contra la nación y sus intereses, a fin de aplastar al radical? Que somos en fin como un niño desnudo soltado en medio del formidable pugilato de dos colosos que se disputan el poder

a cuchilladas, el uno con la espada fiscal y criminal en la mano, y el otro con la espada popular y reivindicatoria en la suya? La respuesta, hela aquí: venimos a luchar armados del Ideal y en pro del Ideal. Y el Ideal, señores, bien lo sabeis, es aquello de que siempre se han reido los muchos Panzas que pueblan todos los partidos, y ante lo que tiemblan respetuosos "los pocos sabios que en el mundo han sido". Porque nosotros los radicales (y debo repetirlo después de siete años), ingenieros políticos y arquitectos sociales, aunque sea inmodestia el decirlo, podemos sonreír silenciosamente de todos los hambrones políticos de esta pobre América del Sud, ya que conocemos de antemano la vanidad de su obra y lo infructífero de sus esfuerzos. Podemos sonreírnos de antemano de la falacia de sus edificios políticos construídos sobre ambiciones que acaban devorándose a sí mismas, cuando esas pasiones no han sido sometidas al freno que impone el desinterés y el desprendimiento supremos, única virtud que se basta y se sobra para edificar las grandes naciones. Y es por ello y es así que, a pesar de hado malévol, del obstáculo rencoroso y de la circunstancia enemiga, continuamos sin embargo los radicales caminando nuestra senda estrecha y espinosa con la dulce y resignada serenidad de todos los apóstoles que contemplan todos los Gólgotas posibles que aparecen en el horizonte. Podrán escarnecernos y decir que somos pobres, que somos pocos y que hoy llamamos después de haber soltado las más altas palabras que la nación ha escuchado desde hace cien años; pero no podrán decir que por inepticia e imbecibilidad hemos comprometido la sagrada causa de la oposición y de las reivindicaciones populares; podrán vilipendiar nuestra bandera por solitaria y triste; pero no encon-

trarán en ella una sola mancha, una sola sombra. Podrán los demás hartarse y atragantarse de realidad presente y de materialidad palpable; mas, por ese camino jamás llegarán a alcanzar la verdad que no es materia palpable, ni la virtud, que tampoco es sustancia visible. Pero, cuidado, señores radicales: reirá bien quien al último ría. Para escarnecernos mejor, dicen que vivimos en las nubes: es verdad; el rayo también! (Hugo).

Pero volviendo a las cosas concretas que entraña el pliego interpelatorio que contesto debo decir que el silencio en el que el partido está desde hace pocos meses, y no un año, en ningún caso puede interpretarse como inacción y pasividad. Entiendo que entre otras, la más aguda forma de acción política para un partido es la lucha electoral, y el Partido Radical, debo declararlo enfáticamente, no ha renunciado a esas luchas. El presente año no ha comportado elecciones populares; pero ellas se avecinan ya, y el Partido espero que concurrirá a ellas con sus propias fuerzas, cual corresponde. Y en este punto permítaseme responder a un cargo y rectificar un grave error que contiene el pliego interpelatorio. Se me reprocha el hacer una oposición meramente declamatoria contra el actual régimen, en vez de una oposición de *procedimientos*, como dice el pliego, lo cual yo traduzco: cambiar la oposición de las palabras, por la de los hechos. Y pregunto yo: qué concepto tienen los señores interpelantes de una oposición política honrada y lícita cual corresponde a un partido ilustre como el Radical? Ignoran los señores que la única arma lícita que pone la ley y el honor en manos de los partidos es la palabra hablada o escrita y que todo procedimiento de hecho puro relega a los partidos a la baja categoría de facciones de

violentos o de bandas de criminales que la ley contiene severamente en su sabiduría? O querrían los señores interpelantes invitar al jefe que habla a adoptar el sistema y método liberales que no consistió en otra cosa que en asaltar las ciudades a mano armada y derramar sin piedad la sangre de millares de bolivianos? Yo ruego rectificar su error a los señores interpelantes: el jefe que habla es un hombre honrado y no un bandido. Además, yo debo añadir: es un grosero error aunque muy propagado en el vulgo el de sólo dar importancia y eficacia a la fuerza bruta y sus procedimientos, desconociendo así la formidable eficacia de la palabra humana. Pobre político sería yo si desconociese igualmente la formidable fuerza creadora y constructora que posee la palabra humana, diré mejor, del verbo demiurgo, como diría Platón, sabio de sabios. Mas, si yo estuviese equivocado, y si el Partido Radical deseara cambiar de métodos políticos para hacer la oposición, declaro solemnemente que estoy dispuesto a satisfacerle abandonando en sus manos toda jefatura, a fin de que a ella venga el hombre capacitado para llevarle por otras vías impracticables para mí.

En el pliego interpelatorio hay una alusión al porvenir del partido, y se solicita mi opinión franca respecto de él. Voy a darla con la misma sinceridad que he empleado hasta ahora.

Al frente de la desconfianza de los señores interpelantes; al frente de la falta de fe de muchos, del desahucio de los adversarios, de la perversa alegría de tantos, declaro que jamás he tenido tanta fe en la causa radical; jamás he sentido en mi corazón de radical tanta vida y tanta esperanza. Bien es verdad que tal vez por una razón de temperamento personal,

estoy habituado desde años a ser el único que dice sí, cuanto todos dicen no, a ser la voluntad que afirma el Ideal contra la triste realidad que lo niega, hasta obligar a esta a someterse, en cumplimiento de leyes superiores. Considero que el porvenir radical es claro y neto. Estamos llamados a andar un camino extraordinario y único, por el cual seguramente no se atrevería a caminar ningún otro partido de los existentes. Teniendo como tenemos a ambos lados de nuestra bandera el odio y las persecuciones de los unos, y la mortal indiferencia de los otros; lejos de la enorme oleada popular, que es republicana y de los medios del poder, que son liberales, no debemos contar sino con nuestras propias fuerzas, por mínimas que parezcan. Por lo demás ese es el destino de toda grande causa y hasta de todo grande hambre. Debemos bastarnos a nosotros mismos, y al fin, esa no debe ser para nosotros una novedad. Hace siete años que estamos luchando solos, sin la ayuda de nadie, y más bien dejando beneficiar a otros de nuestra labor política. Porque hay que reconocer que el Partido Radical, tal como lo estamos edificando a costa de ingentes sacrificios, no es de los que medra sino de los que hace medrar. En este punto creo deber ineludible referiros la notificación que aunque con carácter confidencial recibí el año pasado de dos de los más altos jefes republicanos. Se me dijo entonces: "el Partido Republicano no necesita de los radicales". Yo acepté entonces como acepto hoy la verdad de la afirmación. Basta contemplar el enorme volúmen popular del Partido Republicano y los ilustres nombres que lo gerentan para aceptar dicha verdad. Mi respuesta a los republicanos de entonces fué categóricamente la misma de hoy: "es cierto que los republicanos no necesitan

de los radicales; pero es más cierto todavía que los radicales ni ayer, ni hoy, ni mañana hemos necesitado ni necesitaremos de los republicanos". Ese es mi convencimiento señores. Ello no quiere decir que yo menosprecie la labor patriótica de aquel partido, igualmente perseguido, ultrajado y vilipendiado que nosotros. Teniendo como tenemos programas políticos fundamentalmente diversos, con todo tenemos en común un punto esencialísimo: la oposición en común a un régimen de injusticia y de violencia. Y aquí quiero aprovechar de la circunstancia para responder a un cargo que lanzado contra mí en la Cámara de diputados por don Ismael Montes, cargo que quería ser injuria y no llegó a serlo. Ese ciudadano, víctima del mismo error que los señores interpelantes, error que hace confundir la licitud, la autonomía y la libertad de las oposiciones múltiples, al comenzar sus invectivas contra mí decía: "un republicano que se titula radical"..... etc. Esa frase daba involuntariamente la medida de la cultura política de don Ismael Montes. En vano éste había vivido en el seno de las viejas como de las nuevas naciones, y había visto cómo es posible, cómo es lícito y cómo es necesario que las oposiciones se diversifiquen y maticen de manera de hacer más fecunda y más rica la vida política de una nación sabiamente organizada. En vano la sabiduría del viejo como a del nuevo continente le había mostrado que natural y honradamente pueden darse en un país más de uno, más de dos partidos que con diversas banderas invoquen autónómicamente el sagrado principio de la oposición a título reivindicatorio de derechos para los pueblos. Montes, nacido a la vida pública bajo el régimen de Daza, y educado en la escuela de las revoluciones liberales, no tenía entonces más concepto de la vida

pública de un país que aquel que lo divide en dos bandos, uno de los cuales tiene el presupuesto en una mano y un vergajo para defenderlo en la otra, y al frente otro bando que puñal en mano quiere suplantarse al primero. Miserable concepto! Pero los señores interpelantes radicales no pueden comulgar en semejante doctrina, si tal nombre cabe a esa inmoralidad. Los señores interpelantes deben comprender que si la oposición radical no tiene en este momento los mismos caracteres que la oposición republicana, es porque ello obedece a una ley íntima de desenvolvimiento que preside la evolución radical en Bolivia. Si los radicales hiciésemos una oposición con métodos, procedimientos y expedientes republicanos, (y eso me parece que es el deseo de los señores interpelantes) entonces no seríamos radicales sino republicanos. Pero justamente este es el punto sensible de la cuestión. La condición *sine qua non* de vida y éxito para un partido es lo que ciertos filósofos llamarían la individuación plena y cumplida, esto es, el marcar una personalidad e individualidad propios, inconfundibles con los ajenos, el empleo de métodos y hasta de una táctica característica de manera que se la distinga entre otras, y en fin, el ser de veras y no de burlas lo que se es o lo que se debe ser. Y esto es lo que estamos haciendo desde hace años, señores radicales, y es justamente por esto que el pequeño partido radical, con tan escasos medios externos, ha llegado sin embargo a ocupar un puesto en la conciencia de la nación, y en su historia vivida. Tan cierto es que el nuevo partido comenzó aplicando nuevos y propios procedimientos a la oposición, que en poco tiempo la transformó en Bolivia. Os quiero hablar de un sólo ejemplo definitivo. Comparad un poco la prensa de oposición de todos los

tiempos con la prensa de oposición radical. Concretamente, mientras la prensa de oposición genuinamente republicana se titulaba "El Pueblo" o "La República", la prensa de oposición radical se llamó "El Figaro" y "El Hombre Libre", y todo está dicho con el sólo enunciado de esos cuatro nombres en lo que se refiere a la eficacia y potencia propias y características de cada una de esas prensas. Hoy mismo si la prensa republicana alcanza la temible eficacia que tiene es porque se ha visto obligada a aceptar los moldes radicales, más aún, a entregarse a elementos de franca y clara educación y extracción radical. Quitad a esa prensa esos elementos, y tendréis de nuevo "El Pueblo" y "La República" de marras. Y es a un partido capaz de semejante acción al que hoy se moteja de impotente, de moribundo, de atarácico y de inactivo. Este parangón glorioso para nuestro partido, podría yo continuarlo en todos los terrenos en que hemos actuado públicamente, pero no tengo tiempo para ello. A vuestras conciencias y a la de la nación me remito. Mientras tanto, y este es mi concepto radical respecto del porvenir: no debemos esperar nada de nadie. Hemos nacido solos a la vida pública, nos hemos desenvuelto solos y un día alcanzaremos la victoria solos también. Ello no quiere decir que yo reniegue de las alianzas que yo mismo he propuesto o firmado en el pasado o que llegase a propiciar en el porvenir. Ello se refiere a la autonomía que debemos conservar a través de todos los peligros, de todas las luchas y de todos los reveses. De la misma manera cómo hemos enseñado a muchos que no son radicales a hacer la oposición, esperemos también que enseñaremos a otros la manera cómo se edifica sabia y lentamente un partido destinado a perdurar por siglos en la historia de la nación. Y aquí debo ponerlos en guardia, señores interpelantes, contra

las festinaciones y apresuramientos en que tan deplorablemente incurren los jóvenes de todo tiempo. Debo decir que el tiempo respeta sólo lo que se hace con su concurso. El éxito corresponde a quienes supieron persistir con paciencia y esperar con constancia, dos virtudes que son siempre raras entre los hombres. No son los apurados políticos, los hambrientos de figuraciones baratas los que pueden llegar a construir algo sólido y estable. Puedo decir que el valor del tiempo como factor en las edificaciones y empresas sociales o políticas es irremplazable y de significación casi absoluta. Los grandes conductores de estado lo han sabido demasiado bien. Felipe II, alma sombría pero inteligencia suprema, decía: "el tiempo y yo para otros dos". Además tened presente esta verdad que todos los poderes del mundo son incapaces de destruir: la hora radical llegará fatalmente en Bolivia, pese a quien pese. Esperadla pues serenos.

Aquí debería terminar este manifiesto radical destinado a la mayor publicidad, no sólo como satisfacción al partido que me interpela, sino como homenaje a la nación toda que nos contempla y nos juzga. Muchas razones y de las más trascendentales, del mismo orden de las ya expuestas quedan aun en reserva, pues a más de ser de la mayor gravedad, pedirían espacio mayor que el de este condensado manifiesto. Con todo no puedo callar dos cosas, la una referente al honrado régimen interno del partido, al cual el jefe debe toda fidelidad, toda lealtad y toda verdad. La otra referente a una cuestión de altísima moralidad política en la vida pública del partido. Helas aquí:

Hace cosa de un mes el que habla tuvo el honor de recibir la visita del jefe del partido republicano de La Paz, el publicista doctor Bautista Saavedra. Esta visita se hizo preceder por la noticia de que ella obedecía al deseo de investigar las posibilidades de una

alianza definitiva entre los partidos radical y republicano. Concepto lícito y honesto como es éste, el que habla recibió complacido la visita del eminente político; pero su sorpresa fué dolorosa cuando la proposición no fué otra que la de simple fusión de partido radical en el partido republicano, como dijo el Dr. Saavedra, con condición expresa de desaparición de la bandera radical del escenario político de la República. Lo que en el fondo se proponía era el transfugio radical. El aprecio que me ha merecido siempre el Dr. Saavedra me mantuvo dentro de los límites de una mesurada pero categórica rehusa. El partido debe tomar nota del acontecimiento.

La otra cuestión es una muy antingente a la forma misma de la presente actuación, respecto de la cual parece que existe divergencia de opiniones en el seno de este directorio. Cuando el presidente que habla recibió el pliego interpelatorio que contesta al presente, le dió inmediatamente toda la importancia que tiene toda la gravedad que comporta para la estabilidad y prestigio del partido, y también para el decoro y para la justificación del jefe a quien se interpela. Y fué por estas razones que resolvió dar a esta respuesta-manifiesto toda la publicidad que necesariamente debe tener. El pliego interpelatorio comportaba debate sobre la cosa pública misma, y debate trascendente; entonces, es a los ojos de la nación misma que ese debate debía tener lugar. El Partido Radical y muy particularmente el jefe que habla jamás han tenido más garantía ni más respaldo que la plena publicidad. Otros son los que buscan la noche cómplice y el silencio criminal para cobijar sus propósitos y acciones. De mí se decir que siempre tuve por aliado y compañero al sol.

He dicho.

